

cristiana es a la vez individual y colectiva.

Desgraciadamente, la enseñanza de la religión, en muchas escuelas, se limita al aprendizaje mecánico del catecismo, a una teología elemental sin sangre, casi deshumanizada, a veces a un recitado escueto de las escenas bíblicas, que no son vivificadas por medio de la comparación con nuestra época, que no son conectadas con los hechos actuales. De esta manera la escuela viene a dar historia bíblica y catecismo, pero no enseña religión; la religión es la cosa más viva que pueda imaginarse, es la hora y la acción que ejecutamos dentro de esta hora y por medio de la cual damos prueba de que la doctrina está situada en el medio de nuestro corazón, regándonos como una sangre.

Yo no doy a usted una opinión sobre México en este aspecto, yo no oí allá una clase religiosa; le digo observaciones de mi vida escolar. Tuve como jefe de escuela secundaria (en país donde el Estado estaba unido con la Iglesia) algunos profesores de religión que eran sacerdotes y cuya clase era admirable como aplicación ceñida al momento humano; pero también ví profesores para los cuales la clase era algo así como una academia en que se examinaban las virtudes y no se daba el ímpetu de la virtud, en que se dejaba el *Sermón de la Montaña* aislado, y no se le ponía a proyectar su resplandor sobre el problema social.

Alguno dirá, seguramente, que con la forma de enseñanza que yo deseo, hay peligro de que la clase se vuelva política; habría que contestar que si la política constituye la dirección de la vida colectiva, eso es de índole religiosa también y debe ser tratado en la escuela. La escuela debe estar plantada en el medio de la vida, como un árbol recogiendo el ambiente con poros vivos.

Más peligro que el de juzgar en una clase el acontecimiento social del día, me parece el de callarse respecto de él, ya sea por desorientación, ya por una malicia cobarde que comprende, pero que no quiere comprometerse, cosa que el niño observa bien y que lo hace despreciar a su maestro tarde o temprano. La escuela católica belga, la más noble que yo conozca, sigue la cuestión social con una fidelidad de tacto y da a sus alumnos, la norma cristiana para resolverla.

La doctrina social de la escuela cristiana tiene que ser democrática, porque el Evangelio está lleno de *la pasión del pobre* (valga la expresión) cargado de una caridad que va mucho más lejos, mucho más, que la llamada justicia de nuestros códigos de trabajo. En libro alguno se estampó ley más efusivamente popular que en el Evangelio y los pobres no han recibido nunca exaltación más absoluta, que las que les dió Nuestro Señor.

Yo estimo que la misión urgente que corresponde a la escuela católica en esta hora, es la unión de las clases sociales. Ha solido

dividir las con la tendencia aristocrática que ha adoptado a veces, educando aparte al hijo del obrero del hijo del empleado, o al hijo del empleado del hijo del rico. Error muy lamentable, pero del cual ya los católicos están de vuelta en los Estados Unidos, de vuelta en Suiza y en Alemania. En nuestra América también se hará la rectificación.

Pero cuando en la América se anotan errores o defectos de tal o cual grupo católico, suele caerse en la ligereza de escribir *Iglesia* donde debe decirse un nombre de caudillo o uno de corporación. Es un vicio regionalista ese de atribuir un sistema a la institución que muestra en muchas partes ejemplos contrarios que la salvan.

Era necesario este preámbulo para llegar a la pregunta esencial de la maestra mexicana.

Si hay el pleno, el absoluto derecho a enseñar bajo la norma católica, el mismo derecho existe a que una imagen de Jesús domine una sala de clase. La escuela socialista a que he aludido como a un tipo, está decorada por numerosos retratos y bustos de amigos laicos del pueblo, desde Marx y Bebel hasta Luisa Michel. Existe la sala de clase con paredes desnudas, recomendada por algunos educadores para que la atención del niño no se disipe; existe también la tendencia a decorar deshumanizando la decoración con motivos florales, a veces con los mejores paisajes del país, y el otro antiguo de decorar con los retratos de los héroes. Si en una escuela, de hora en hora, se están formando las almas nuevas bajo la sombra de Jesús ¿por qué se ha de caer en la ingenuidad de eliminar una imagen estando presente la doctrina? Sobra el alegato para defender la presencia simbólica de Cristo en una sala de escuela cristiana.

Pero yo quiero decir el derecho de Jesús a estar *también en la escuela laica*. En los muros llenos de libertadores, de descubridores y sabios, ¿no habrá ningún sitio para Él? Él fue un libertador; arrancó a los pueblos antiguos de la bajeza y de la crueldad del culto cruento. Él fue un descubridor, sacó a la luz continentes espirituales enteros; dice el crítico ateo que añadió a las mejores filosofías antiguas cosas nobles y desconocidas hasta entonces. Él reveló la única ciencia que se vuelve dicha, la que hace la concordia entre los hombres. Él aplastó en el Imperio Romano el lujo insolente y el vicio que empaña las limpias facultades humanas; Él aplastó la tiranía imperial que impedía al cristiano amar a un Dios elevado y que lo forzaba al amor de dioses inmundos. Destruyó muchas cosas más, pero esas bastan. Y hasta dejó el Muy Perfecto, una literatura nueva en sus parábolas y en el Sermón de la Montaña. Circula por ellos una leche jamás saboreada de hermosura superior, y no es posible encontrar en la literatura romana ni una sola página a la altura de la palabra Suya recogida de su boca por los San Marcos y los San Mateo.

La escuela laica honra a los hombres *parciales* que, o libertaron o descubrieron; no quiere honrar a Éste *que, con manera divina, hizo todas la faenas humanas*.

La escuela pone una aureola admirativa sobre una multitud de violentos cuya faena fue matar y poner servidumbre (a veces ilustres servidumbres) entre los hombres. Se fatiga la mente de los niños con recitados inacabables de esa larga carrera del delito que es la mitad de la Historia, según Wells, y para el tipo de Excelencia que fue pura carne de sacrificio, pobre corazón ofrecido que no conoció otro gesto que el darse, la escuela laica no tiene nada!

Si desde otro planeta viniese un ángel y volviera a hablar a los suyos de la Tierra, no sabría ponderarles lo bastante el absurdo de un mundo donde el nombre del Mejor se calla. Diría tal vez:—"Aquellos tuvieron Uno al que no han superado, que no vivió para sí una hora, ni vivió una gula, ni un odio, ni un sólo poder terreno y porque no son capaces de realizarlo, han impuesto el silencio sobre Él. Los habitantes de ese planeta no comprenderían, no podrían comprender..."

Se alegará que el silencio no existe, puesto que se le alaba en los templos y en los hogares; pero el único lugar en que se honra verdaderamente es la escuela, porque es el sólo recinto superior de este mundo. Cuando a un héroe se le da la boca de un niño para la alabanza, se le ha dado la mejor primicia de aquí abajo.

El templo es el lugar de la penitencia; allá se va para pedir el perdón de nuestras miserias y recobrar la Gracia; el hogar es también una cosa elevada; sin embargo, constituye una creación menos pura que la escuela. Esta sigue teniendo el primer magisterio y el manejo más apasionado de las almas.

Ahora bien: si la escuela se ha vuelto el lugar donde sólo se enseña un oficio y se da al niño nada más que estrategia para no ser aplastado, esa escuela se habría voluntariamente envilecido y cambiado, como Esau, su lote santo por uno inferior.

Me ha dicho un amigo, que es creyente, a propósito de Cristo en la Escuela: "Yo prefiero no verlo allí a verlo mezclado con los sucios héroes humanos. Tampoco quiero que su imagen sea puesto como signo de batalla y que despierte odio en el niño que lo mira" (1).

¿Despertar odio la imagen de Cristo? ... ¿Por qué? ¿Porque tal político católico y tal sociedad religiosa han cometido una violencia? Eso es tan lógico como odiar la plata, porque con ella *también* se han hecho puñales...

En la sala de clases, rigiendo con su mansa mirada la lección del maestro y la inteligencia del niño, esa figura no puede decir sino: "Yo me negué a mí mismo, y el maestro debe negarse a mi semejanza; yo exalté el amor que ayuda al conocimiento; yo traje a los hombres la noticia de que pueden

(1) Vasconcelos.